

bría venido por añadidura, aun por fuera de los propósitos del autor.

Cuanto a las Figuras mismas, encontramos que, así sean los rasgos con que ellas fueron trazadas, exactos y hasta airo-sos en ocasiones, y a la vez unánime y generosa la intención, apenas sobrepasan algunas el límite de lo anecdótico o de lo transitorio, y que ideológicamente les falta a casi todas el relieve necesario para que, en el correr de los años, la perspectiva del tiempo las haya de alzar a proporciones prominentes en nuestra historia. En este sentido, cada una de ellas es solamente—o podría ser—una prematura piedra angular para un futuro monumento a la altura de la «Biografía de don Manuel Montt».—G. K. C.

<https://doi.org/10.29393/At248-43PGLD10043>

PÁGINAS GRISES, por *Gregorio Amunátegui*. Ediciones Zig-Zag, 1946

El libro anterior del señor Amunátegui, no nos gustó mucho que digamos. Hay algo de titubeo, de frialdad, de superficie lisa sobre la cual resbala la emoción sin dejarnos huella profunda en ninguna ocasión. Y es de celebrar que en este libro el escritor se haya superado, que poco a poco haya logrado encontrarse mejor, hasta expresar la verdadera densidad de sus sentimientos.

En «Páginas grises», hay dos historias que están contadas con una simplicidad encantadora, con un sentimiento estético de buena ley, en el que, asoma la verdad, esa verdad que surge de lo cotidiano y es el mejor antecedente de que no se está trabajando con elementos artificiales, sino que extrayendo de la vida misma, todo aquello que deja el dolor y la alegría, en los secretos rincones de la sensibilidad.

«Páginas grises» y «Mi tío Joaquín», son, a nuestro juicio,

lo mejor de este libro. En las que siguen, como «La última noche» y «El gato blanco», hay algo que no está bien maduro artísticamente, porque en realidad no convence mucho el desarrollo del tema y la actuación de los personajes. En «Despedida», hay una nota sentimental bastante bien dada. Ese fin de toda una época y lo que representa el amor a la tierra y a la tradición campesina, el noble sentimiento de huaso leal que ve alejarse para siempre al patroncito arruinado, es un cuadro que indudablemente se ha visto de cerca y se ha sentido con emoción de verdadero artista.

Sin embargo, estimamos que en la primera «nouvelle», es donde mejor ha podido dar a conocer el señor Amunátegui sus condiciones de observador de la clase alta santiaguina. Es verdad que lo que allí ocurre puede pasar en cualquier ambiente. Pero hay aquí un matiz muy bien determinado. Una nota que se ve con claridad. Y es la de la jovencita bien, que obra y piensa de acuerdo con sus prejuicios sociales. Decepcionada de su amor de juventud, se casa con un huaso que la quiere mucho. Sin embargo, a través de todo el tiempo que vive con el marido, no se ve en ninguno de los actos de éste una gran pasión por su mujer. Hay en el señor Amunátegui un deseo sincero de criticar muchas costumbres de la clase alta chilena, pero de pronto parece que él mismo se contradijera. Que amara toda esa vida de artificio de Santiago. La comida, cómplice de muchas caídas, dentro de una alegre sobremesa. La vida de los departamentos tiene una seducción, un encanto, porque se puede correr la bella aventura de que hablaron los poetas de Grecia y de Roma, en un escenario distinto. La voz del campo, pierde en sus relatos, su nobleza, su gallardía, su señorío, su influjo patriarcal.

Yo viví en algunos fundos del valle central siendo muchacho. Conocí gente absurda, estúpida, cargada como un maniquí lleno de trajes ostentosos y falsa pedrería, de antipáticos prejuicios sociales. Pero conocí también gente de un gran seño-

río, de una sencillez digna y noble en sus costumbres. Con una humanidad y una gentileza dignificadora en el trato con sus empleados y sirvientes. Me parecía que eran allí donde verdaderamente estaban noblemente situados. En la ciudad, se disminuían con el chisme, con la rivalidad social.

Creo que el señor Amunátegui con más reposo, con más larga observación, puede darnos una excelente novela en la cual se pinte la vida de los señores campesinos de Chile, en sus haciendas del valle central. Nadie hasta aquí lo ha hecho todavía. Además, yo le pediría que no le pusiera esos apellidos tan estrafalarios a sus personajes. ¿Por qué no apellidarlos, Errázuriz, Yrarrázabal, Eguiguren, Amunátegui mismo? Todo es cuestión de habilidad para situarlos y disimular su verdadera identidad.—LUIS DURAND.



TIEMPOS DE TORMENTA, por *Domingo Melfi*

Las Ediciones de la Semana Literaria han puesto en circulación un nuevo libro del escritor nacional, Domingo Melfi. La obra recoge un dilatado ensayo sobre el desarrollo de uno de los momentos cruciales de la vida chilena y varios artículos perfectos en su dinamismo, exhibiendo el mérito de ser oportunas instantáneas de algunos aspectos de la actual civilización norteamericana.

No cabe duda que resulta interesante lanzarnos a la búsqueda del tiempo perdido, sobre todo cuando las etapas que el recuerdo quiere actualizar, son de tal categoría, que extienden su proyección hasta nuestros días, sirviéndole no sólo de tradición o antecedente, sino de savia vital.

El autor de «Tiempos de tormenta», utiliza el pretexto del remate de un viejo palacio santiaguino para ir reanimando escenas bastantes inmediatas, marcadas con el signo de la im-